



PRADA LLORENTE, Esther Isabel

Dibujando el paisaje que se va : un modelo espacial del patrimonio agrario. -- Madrid : Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, Centro de Publicaciones, 2014

249 p. : il. col. y n. ; 26 cm.

Bibliografía

D.L. M. 18112-2014

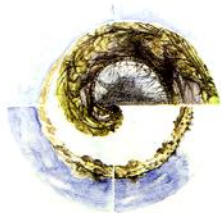
ISBN 978-84-491-1383-3

NIPO 280-14-075-9

1. Paisaje rural 2. Paisajismo 3. Construcciones rurales 4. Arquitectura popular 5. Dibujo I. España. Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente. Centro de Publicaciones

15.00 Jardinería y paisaje

COAM 17237



DIBUJANDO EL PAISAJE QUE SE VA

Un modelo espacial del patrimonio agrario

Esther Isabel Prada Llorente



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE AGRICULTURA, ALIMENTACIÓN
Y MEDIO AMBIENTE

DIBUJANDO EL PAISAJE QUE SE VA

Un modelo espacial del patrimonio agrario

Esther Isabel Prada Llorente



MADRID, 2014

Título: *Dibujando el paisaje que se va.*

Un modelo espacial del patrimonio agrario.

Autora texto, dibujos, gráficos y diseño: *Esther Isabel Prada Llorente*

Maquetación: *Esther Isabel Prada Llorente y José Antonio García Delgado*

Nota curricular: *Esther I. Prada es Doctora Arquitecta por la Universidad Politécnica de Madrid. Docente e Investigadora del Paisaje en tres escalas espaciales territorial, urbana y arquitectónica. Utiliza la expresión gráfica como herramienta de análisis para mostrar la biografía y entidad del paisaje.*



MINISTERIO DE AGRICULTURA, ALIMENTACION Y MEDIO AMBIENTE

Edita:

© Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente
Secretaría General Técnica
Centro de Publicaciones

Diseño, maquetación;

Taller del Centro de Publicaciones del MAGRAMA

Impresión y encuadernación:

ADVANTIA Comunicación Gráfica

NIPO: 280-14-075-9

ISBN: 978-84-491-1383-3

Depósito Legal: M-18112-2014

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:

<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

Datos técnicos: Formato: 26x24 cm. Caja de texto: 22x20 cm. Composición: 2 columna. Tipografía: Century Gothic con cuerpo 10. Encuadernación: Rústica hilo. Papel: Estucado mate FSC 135 gramos. Cubierta cartulina FSC 350 gramos. Tintas: 4.

En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.



Distribución y venta:

Paseo de la Infanta Isabel, 1
28014 Madrid

Teléfono: 91 347 55 41

Fax: 91 347 57 22

Tienda virtual: www.magrama.es
centropublicaciones@magrama.es

Agradecimientos

El presente libro constituye un eslabón más en la sucesión de acontecimientos que desde la lectura de mi tesis doctoral, han tenido lugar gracias a las personas, coincidencias y situaciones que lo han hecho posible, algunas de estas personas ya no se encuentran entre nosotros, mi recuerdo y más sincero agradecimiento para ellas.

Reconozco que sin las continuas aportaciones de las gentes de Sayago y comarcas próximas de un lado y otro de la "raya" así como las de los más próximos a mí, familia y amigos, nunca lo hubiera podido escribir.

Quiero agradecer en concreto a Ángel Cabo Alonso, Eduardo Martínez de Pisón, Miguel Alejo y Concha San Francisco su confianza, ya que hizo posible a lo largo de estos últimos años, la exposición sobre el paisaje agrario transfronterizo resumen de la tesis doctoral, los trabajos surgidos con posterioridad a la misma y el presente libro.

Expreso mi gratitud a Danilo Hernández por sus enseñanzas para el conocimiento del territorio personal y su relación con nuestro paisaje interno y externo y a Paco Alonso, geógrafo, por proporcionar el marco de referencia a tantas cuestiones planteadas en este sentido.

Agradezco especialmente a Vicente Forteza y José Abellán del Ministerio de Agricultura que este libro vea la luz. Asimismo a Cristina García y José Antonio García su tiempo, amabilidad y disponibilidad para el tratamiento informático de las imágenes y la maquetación del libro en este Ministerio.

Por último creo haber recogido en el texto todas las observaciones realizadas para mejorarlo y facilitar su comprensión y lectura, así como las efectuadas sobre gráficos, esquemas y dibujos para una mejor exposición y reproducción de los mismos.

Nota al lector

Me dirijo a ti, lector, para expresar con agradecimiento tu atención hacia lo que te quiero mostrar, un modo de ponerle cara a un espacio y un paisaje agrario periférico, fronterizo, prácticamente desaparecido, pero que aún hoy, puede enseñarnos como el hombre interactuaba con su entorno desde unos planteamientos que ahora calificaríamos de ecológicos o sostenibles.

Los restos de nuestro mundo rural que antaño con sencillas y simples reglas de funcionamiento estuvo desarrollándose durante siglos, hoy deben constituirse en norma obligada de pura supervivencia. El ejemplo más sencillo que se localiza en los núcleos pequeños, de vida agrícola, ganadera, forestal, década tras década, se encuentra en una triste y agónica situación.

Tradicionalmente al medio rural se lo contempló como algo residual, lo rústico, lo no urbano, a veces bucólicamente idealizado, pero en cualquier caso, ignorado. En el residía una población subdesarrollada que a medida que era posible se iba incorporando al desarrollo, es decir, trasladándose a la ciudad. Este medio físico rural abandonado, se convertía por su proximidad a un medio urbano, en apto para su conquista por éste, su transformación, se regía siguiendo pautas y patrones urbanos.

El desarrollo no está reñido con el mantenimiento de las trazas de un lugar, de su carácter, de lo endógeno, lo intrínseco a cada paisaje. El paisaje agrario, el paisaje rural tradicional supone un patrimonio cultural, una herencia que es necesario valorar, divulgar y conservar.

Resulta imprescindible dados los cambios tan rápidos y determinantes producidos en los últimos años en muchos paisajes españoles que han reflejado el desconocimiento o el desprecio de sus valores, establecer una respuesta diferente a la actual dinámica dominante de descaracterización paisajística tal como señala el Convenio Europeo del Paisaje.

Fruto de un diseño colectivo y de innumerables prácticas populares, las sociedades agrarias tradicionales gestionaban paisajes comunes y cotidianos, acordes con su medio natural económico y social. La imagen que se percibe de estos pueblos desde la distancia en el tiempo y desde lo urbano, posee un alto valor estético, claramente asociado a la cohesión con el entorno, al orden de los elementos en el espacio y a la continuidad de su uso, así como a la relación entre el hombre con todos sus sentidos y el medio en constante transformación fundamentada en esa interacción.

En las nuevas dimensiones hacia las que nos dirige la sociedad de la información, estos paisajes, especies de vestigios arqueológicos, prueban la existencia de una antigua humanidad que fusionaba naturaleza y cultura, modelo antropológico que nos ancla a nuestras raíces frente al espacio virtual que suprime el cuerpo, el territorio, el paisaje. Pero a pesar de todo, allí sigue su dimensión simbólica o física a modo de testimonio, para activar las miradas nuevas y viejas, despertando la conciencia de una nueva realidad cuyo carácter sea el resultado de la interacción entre factores naturales y humanos, para mejorar, restaurar, o crear paisajes cotidianos que puedan servir de marco a nuestro bienestar individual y social.

Prólogos

Vicente Forteza del Rey Morales

Presidente de la Asociación de Ingenieros Agrónomos del Estado

El libro que el lector tiene en sus manos trata de un tema que, si siempre ha sido relevante, en los tiempos actuales lo es cada día más.

Habla de paisaje. Pero, en este caso concreto, habla del paisaje como patrimonio agrario.

Es decir, no tanto del paisaje natural, evocado por pintores y literatos señeros con las formas y colores o las descripciones, con las que tratan de transportarnos hasta los lugares elegidos.

Sino del paisaje configurado y modelado por agricultores y ganaderos anónimos, en régimen comunal, en un tiempo y un espacio determinados: el tiempo anterior a la mecanización de las duras tareas campesinas, en el difícil espacio que para la agricultura y la ganadería ofrecen las tierras de la comarca zamorana de Sayago, en la frontera hispano-portuguesa.

Y, con ser importante, no solo lo describe sino que lo explica. Ayuda a entender, con el dibujo y la palabra, el porqué de su particular configuración. Las razones que tuvieron los que lo hicieron para hacerlo así. Las necesidades esenciales que cubrían con las soluciones que en cada caso se adoptaban (que eso es la cultura); fundamentalmente para, sobre ese territorio concreto, vivir (sobrevivir) de la actividad agraria: de la agricultura.

Importa resaltar este hecho ahora, cuando la sociedad europea, sobre todo, está reconociendo la labor de agricultores y ganaderos, no solo como productores de alimentos, sino también y muy especialmente como

productores de bienes públicos, como es el caso del paisaje, que ellos mantienen y conservan para disfrute de toda la población; particularmente, la mayoritaria población urbana, tan necesitada de espacios abiertos, afables, deleitosos.

Agricultores y ganaderos, como constructores del paisaje agrario, rural, están en la base de cuanto el libro expone y ese hecho sería suficiente para acogerlo entre las publicaciones de este Ministerio, orientadas, entre otros fines, a poner de relieve la importancia de estas profesiones, de estas actividades, para garantizar la alimentación de la sociedad así como, por su carácter extensivo, para contribuir de manera decisiva a la ocupación, manejo y conservación del territorio que le sirven de asiento, humanizándolo, ordenándolo a un fin.

Pero el libro es más que eso. Porque aborda, con la solvencia que le reconocen los especialistas en la materia, un método novedoso para analizar el paisaje, el patrimonio agrario, rural, y evidenciar con claridad sus múltiples valores. Y a promover, a través de ellos, la necesidad de protegerlo en el marco de los compromisos acordados entre todos los Estados miembros de la Unión, en relación con ese patrimonio europeo que, como el caso que nos ocupa, trasciende fronteras.

Con su publicación, el Departamento continúa la línea de difusión de trabajos en torno al paisaje cuya más reciente concreción ha sido la puesta a disposición del público interesado del Atlas de los Paisajes Agrarios de España.

Espero que esta publicación, cuya autora Esther I. Prada Llorente merece nuestra felicitación y reconocimiento por su trayectoria como investigadora en este campo, sea de interés para los especialistas en las diversas facetas que el texto abarca.

Y, en particular, para quienes, desde las administraciones públicas disponen de capacidad para intervenir sobre

el territorio, obligados como están a conservar lo mucho de valioso que sobre él han depositado, a lo largo del tiempo, los agricultores y ganaderos.

Sirva como ejemplo el notable patrimonio cultural que encierra el paisaje agrario de la comarca sayaguesa, en la raya con Portugal, que la autora del libro nos ayuda a desvelar con singular maestría.

Unamuno escribía en un artículo de 1906, que "allí, en Zamora, se ve la España que se va". Relataba cómo, en su mercado, aparecían las gentes del campo ataviadas aún a la antigua: "allí concurren campesinos y campesinas de tierras de Sayago, Aliste, Alcañices, Sanabria, etc., cada uno con su típicos y pintorescos trajes [...] Todas estas prendas, amén de multitud de objetos y enseres de formas curiosas, van perdiéndose". Todavía no había llegado a las mencionadas tierras la vestimenta niveladora y, por ello, el reflejo de la comarca se manifestaba en los grupos que recorrían el mercado. Y reflexionaba que su previsible pérdida, más que del traje de la forma de vida a la que se vinculaba, aquí, en España a nadie le importaba nada y, con desesperanza, concluía: "¿Pero es que aquí nos interesa algo de veras?". Saber cómo vivieron aquellas gentes tiene que ver con saber no sólo cómo vistieron sino con las huellas que dejaron en los paisajes, a veces su último testimonio aún impreso en el lugar.

En efecto, hay paisajes que son de ayer. En una franja de la uniformización y del recubrimiento, aquí o allá, quedan algunos restos, en general paisajes incomprensidos. Y, sin embargo, fueron productos de una civilización que, por desgracia, se esfuma no sólo de los territorios sino de las memorias. Si Unamuno en parte lo atestiguaba y en parte lo predecía en 1906, qué podemos decir en 2014. Nuestra labor consiste, así, con frecuencia, cuando nos acercamos a esos paisajes, en restituir su explicación, recuperar su sentido, incluso revivirlos. Por un lado, científicamente, con el rigor de arqueólogos del territorio y, por otra, tal vez con más sutileza, con la restitución de sus modos de vida, de los sentidos y significados de esa vida en el lugar. Es decir, acompañados por las circunstancias de los hombres,

las que lo crearon, modularon, repitieron, cambiaron o mantuvieron. Como una configuración territorial popular y local, evolutiva o frenada, que procedía de una experiencia, una estructura y una cultura de la supervivencia y de un orden establecido en su mundo, con dimensiones, objetos y medios adecuados a sus posibilidades.

Un camino de andadura, de caballería o carretero da siempre la pauta de esas posibilidades y dimensiones, lo que la autora de este libro llama la "corpografía", porque el cuerpo es la unidad de medida del mundo para quien lo habita con sencillez, lo rotura con sus manos o lo recorre con sus pasos. Y también es la clave de su posición entre las cosas. Para saber reconstruir nuestro espacio, decía Bruno Zevi, que no se trata sólo de sugerir más dimensiones que las dos que solemos manejar con nuestros mapas, planos, croquis, sino de restituir las tres propias del arquitecto, "como una gran escultura excavada, en cuyo interior el hombre penetra y camina" y por el que desplazamos nuestro ángulo visual. De modo que el paisaje es una composición y una experiencia de espacios tridimensionales, los "capaces de contener nuestra persona; y éste es su verdadero centro". Actuamos, somos en ese espacio.

Esther Prada toma, a partir de aquí, en una primera parte, una actitud general reflexiva y metodológica ante los paisajes, que luego concreta en una posición explicativa ciñéndose a un objeto expresivo. Pero hecho y concepto se interrelacionan constantemente. El hecho consiste en una realidad geográfica, un lugar en parte construido, las comarcas rayanas o fronterizas hispano-portuguesas a las que viene dedicando sus estudios desde hace tiempo. Estas comarcas

parecen casi repetidas en los primeros planos del espejo de tal frontera y luego se vuelven borrosas en la lejanía. Son, en sí, como la proyección en el terreno de un mundo campesino, en parte singular aunque también con sus rasgos genéricos. De este modo, el método concierne, primero, al entendimiento del paisaje vivido, a la reconstrucción de la vida que lo ha moldeado, enfocada sin distancia, con una total lealtad vital de fondo. En segundo lugar, consiste en una aproximación escalar al espacio agrario entendido como un patrimonio que es necesario rescatar de una realidad poco legible en sí misma o con pocos lectores aptos para lograr su comprensión. Y, en tercer, lugar, se vincula aquí al uso del dibujo como instrumento de captación, de representación y de transmisión o comunicación de la imagen del lugar vivido; el proceso pasa por la autora plenamente, no sólo por su alta capacidad para esa representación, sino por su interior, creativamente, de modo que se muestra con rasgos propios. Reconstruir la espacialidad tiene, sí, en este caso, dosis altas de reflexión, originalidad y arte. Y participa de la subjetividad objetiva de quien se pone a rehacer el paisaje tal como se vivió.

Por eso escribe la autora que el paisaje es "como un texto que hay que descubrir". Por ejemplo, caminos, panes, muros, casas, que responden a una comunidad que permanece y se sucede sobre un mismo espacio, con estructuras, técnicas y criterios poco variables, con perduración de circunstancias. La sociedad en sucesión instalada en el lugar es, pues, la clave del paisaje construido, por lo que lo fundamental que la autora hace es reanimarla. Para ello requiere una teoría desde

lo local, para ponerse adecuadamente en su lugar, el del campesino, en sus terrenos, sus casas, sus aguas, sus instrumentos, sus caballerías, sus labores y propiedades, y en sus mismas palabras. Y después pasar al paisaje materialmente logrado, el entendido para ser labrado, habitado, el paisaje existencial, vital, ordenado en sus núcleos y aureolas.

Desde el silencio de su abandono se recuperan sus palabras, los paisajes vuelven a hablar traducidos por la autora del estudio. Y éste consiste en una recuperación y transmisión de lo que fue un mundo, una civilización local acumulada, rescatada en los restos de su paisaje, y del que todos, de un modo más próximo o lejano, somos parte y producto, lo sepamos o no lo sepamos. La autora nos lo revela y con ello nos da cimientos, saberes y responsabilidades. El pasado que tal vez parezca perdido es, sin embargo, lo que nos hizo y sin él nunca nos entenderemos bien ni sabremos quiénes somos. La entidad del paisaje tiene resonancias en la identidad de quien lo vive.

Todo paisaje, por último, está compuesto por elementos que construyen y componen su armazón global, porque el paisaje es esa suma y correlación. Bromeaba Antonio Machado diciendo que una cafetera está compuesta de átomos, pero no de átomos de cafetera: el paisaje lo mismo. El paisaje es la unidad final de reunión de sus elementos. El paisaje no es la roca granítica por un lado ni las hortalizas por otro sino una composición holística, nuestro albergue completo y nuestra dimensión vital. Es de agradecer que nos lo enseñen con arraigo, belleza, rigor y profundidad, como ocurre en este libro.

Margarita Ortega Delgado

Arquitecta Urbanista de los Ministerios de Obras Públicas y Medio Ambiente.
Grupos de Trabajo Territorio y Paisaje de la Unión Europea y Consejo de Europa.

Comité de Seguimiento del Plan Nacional de Paisaje Cultural del Instituto
del Patrimonio Cultural de España.

Claves para un buen uso de este libro

En este país, el reconocimiento y tratamiento del paisaje constituye una paradoja. Por un lado, cuenta con una importante y fundamentada argumentación a su favor –desde la geografía, la literatura o las artes– en respuesta a la sensibilidad, la riqueza y la identidad que el paisaje ofrece a nuestro territorio. Pese a ello, existe una frustración por los todavía escasos resultados en su consideración y por la insuficiente regulación para la intervención en el territorio. Como consecuencia, aun es evidente su olvido –destrucción en muchos casos– ante la fuerte transformación que ha vivido y vive el país.

Pero el paisaje hoy ha cobrado un nuevo papel y ha supuesto una movilización gracias al Convenio Europeo del Paisaje (CEP) adoptado por el Consejo de Europa en 2000, en vigor en nuestro país desde 2008.

Este libro va en esa dirección. Resultado de un trabajo riguroso, reiterado tras años de investigación y avalado por reconocidos expertos, nos ofrece, como indica su título, un método –el análisis mediante el dibujo– de un paisaje agrario antiguo, casi desaparecido, periférico y, además, fronterizo; vulnerable ante el olvido y el peligro de que su transformación pueda destruirlo. El libro muestra cómo los patrones de la autenticidad de este paisaje –testimonio de un buen manejo de los recursos naturales–, serían hoy su salvaguardia si se respetan y plantean como pautas de supervivencia y funcionalidad de la relación del hombre con el medio, y como alternativa real a un nuevo modelo de desarrollo más ecológico y sostenible. Correspondería de esta manera a una nueva cultura del

territorio que sostiene que el espacio bien gestionado –como contenedor de valores ecológicos, culturales y patrimoniales no reducibles al precio del suelo–, es un activo económico que exige de los responsables públicos hacer un uso acorde en todos y cada uno de los instrumentos de intervención en el territorio. Especialmente en el espacio rural, como acertadamente indica el texto, más sensible y frágil a las perturbaciones irreversibles por las actuaciones en los sistemas agrarios y la acumulación, en un mismo espacio, de muchas decisiones.

Con la idea de la viabilidad de los espacios rurales, el libro descubre el papel y el método del reconocimiento del paisaje rural, aplicable a otros espacios. Por ello, y con más motivo, el recorrido ordenado y didáctico que desarrolla, brinda una serie de claves para hacer un buen uso del mismo.

Una herramienta para un compromiso pendiente

El texto de ratificación del mencionado Convenio no deja dudas, “...Vengo en aprobar y ratificar cuanto en el mismo se dispone, como en virtud del presente lo apruebo y ratifico, prometiendo cumplirlo, observarlo y hacer que se cumpla y observe puntualmente en todas sus partes...” Se trata, por tanto, de un compromiso, de un deber para todas las administraciones –estatales, regionales y locales– con la implicación de la

ciudadanía, para cumplir los tres objetivos simultáneos que propone de protección, gestión y ordenación de nuestros paisajes.

Este trabajo responde al planteamiento del Convenio y constituye una valiosa aportación –una herramienta– para comprenderlo y contribuir a su cumplimiento.

Por su trascendencia, cabe destacar la profundización que hace en el innovador concepto de paisaje introducido por el Convenio y que, lejos de la convencional imagen estática desde un observador externo, lo considera como *“cualquier parte del territorio tal como lo percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y humanos”*. El lector descubrirá a lo largo del texto diferentes definiciones del término paisaje que nos ofrece la autora, fruto de una vivencia y apreciación profunda, definiciones que responden a uno de los mayores retos que impone el Convenio como es este nuevo entendimiento del paisaje: variable no verbal de la comunicación; lenguaje por el que se expresa el territorio entendido como un organismo; imagen de la estructura dinámica y compleja del territorio; respuesta culturalmente creada, transmitida y expresada por una grupo social concreto y, como tal, espacio patrimonial; representación subjetiva que transforma el territorio en paisaje; escenario formado por objetos queridos donde se desarrolla la vida; memoria con biografía a través de sus topónimos; forma geográfica cuyo conocimiento cuenta lo que no se ve...

En esa línea, la primera parte del texto fundamenta el sentido de “carácter” que requiere el Convenio para entender el paisaje, como representación de una tradición, de su singularidad fruto de un proceso, de la cotidianeidad y de las maneras de vivir el territorio.

Todo ello desde la condición fronteriza del ámbito en que se aplica, aspecto especialmente sensible en el espíritu del Convenio que parte de que el paisaje contribuye a la formación de las culturas locales, es componente fundamental del patrimonio natural y cultural europeo y de su identidad y, en consecuencia, invita a favorecer la cooperación transfronteriza a nivel local y regional para programas comunes en materia de paisaje, superando así la tentación y el riesgo de

restringir el reconocimiento y la gestión del paisaje a los ámbitos administrativos convencionales.

Una metodología para aplicar al patrimonio rural

La parte central del libro desarrolla el método de lectura y de interpretación del paisaje válida para otros territorios, otros paisajes agrarios. Un elemento sustancial de la metodología es la reivindicación y la defensa del dibujo como expresión gráfica que materializa y hace comprensible la interpretación de una realidad compleja resultado de significados –físicos pero también emocionales– estrechamente relacionados entre sí. El paisaje es también un hecho cultural. El dibujo sirve no solo para reflejar las estructuras y los patrones de los elementos físicos como el viario, la organización de los campos, la propiedad de la tierra o los elementos construidos. El dibujo proporciona también la imagen simbólica –iconográfica– del paisaje agrario, como una renovada visión de los procesos que actúan en el paisaje y que le otorga cualidad y, en definitiva, identidad. Imprescindible para recuperar su viabilidad en el futuro.

El método interpreta la “biografía del territorio”, entendido como construcción histórica de una comunidad, mediante las relaciones entre las formas de cultivo y las estructuras de la propiedad de la tierra, los elementos construidos con la casa como unidad base. Todo ello siguiendo las sucesivas trazas –a modo radioconcéntrico y siguiendo una cadencia privada-comunal-privada– desde las edificaciones del casco urbano y los campos cercados asociados a la vivienda, los campos abiertos de las tierras comunales y las dehesas, subrayando el papel de la red de caminos y los límites físicos que deslindan e identifican las diferentes trazas. Una *matriz de datos* organiza los parámetros, un útil resumen y guía de todo del recorrido metodológico. Algunos elementos, por su escala territorial o su morfología son claves para la intervención. La comarca, que es la que contiene las características homogéneas, y el municipio, donde se materializa la parcelación de la tierra y los núcleos de población. Los campos cercados, divisoria entre los

núcleos y los campos abiertos comunales. El contorno urbano, sus piezas y sus barrios. Y los espacios, estructura y materiales de la arquitectura doméstica de la casa.

No se trata de un modelo solamente descriptivo. Al contrario, identifica y detalla los elementos para que puedan ser conservados, protegidos, reutilizados o restaurados a través de los instrumentos de intervención en el territorio, en los planes urbanísticos, agrarios, forestales, ambientales o de infraestructuras, por citar los más evidentes.

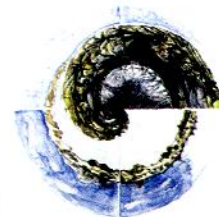
En este sentido se ha avanzado con la incorporación progresiva del paisaje en la legislación tanto nacional como autonómica y con el diseño y elaboración de instrumentos específicos de apoyo como atlas, catálogos o cartas de paisaje para su utilización en las demás políticas. Pero su aplicación todavía no está extendida suficientemente. Sobre todo en el medio rural donde la concentración parcelaria y la transformación agraria siguen pautas ajenas al valor del paisaje. Existen, sin embargo, experiencias prácticas como la consideración de los campos cerrados (el bocage) en la concentración parcelaria francesa, los catálogos de paisaje en las comarcas catalanas, los estudios desarrollados en Andalucía, en la huerta murciana o en el territorio pasiego que apuestan por los elementos de paisaje como estructurantes de las actividades agrarias del territorio. Las sucesivas convocatorias del Premio Europeo de Paisaje, del Consejo de Europa, destinadas a impulsar la aplicación del Convenio, han reconocido interesantes ejemplos de recuperación del paisaje en espacios agrarios que además de garantizar la

participación de la población, deben ofrecer resultados demostrables y estables en el tiempo.

Una oportunidad para los paisajes culturales rurales

Como contribución al compromiso con el Convenio Europeo del Paisaje, en octubre de 2012, el Consejo de Patrimonio Español aprueba el Plan Nacional de Paisaje Cultural elaborado por el Instituto de Patrimonio Cultural de España, del Ministerio de Cultura, como instrumento para la salvaguardia de paisajes relevantes por su significación cultural. El Plan establece el término de *paisaje cultural* como resultado de la interacción en el tiempo de las personas y el medio natural, cuya expresión es el territorio percibido y valorado por sus cualidades culturales, producto de un proceso y soporte de la identidad de una comunidad. Y su objetivo no es otro que garantizar la viabilidad de estos paisajes mediante acciones de identificación y de caracterización; de documentación e investigación; y de protección, mejora y rehabilitación.

El espacio descrito en este libro constituye sin duda un paisaje cultural. El estudio desarrollado responde a estas acciones, y su resultado nos brinda la oportunidad inmejorable para rescatar, ahora que todavía es posible, la viabilidad y la permanencia hoy del paisaje de Sayago. Y más aún, del paisaje "rayano" de la frontera hispano portuguesa en el marco de la cooperación existente entre ambos países, cumpliendo así otro de los objetivos del Convenio Europeo del Paisaje.



PERSPECTIVAS



TENTATIVA DE AGOTAR UN OBJETO



IMAGEN INTERNA



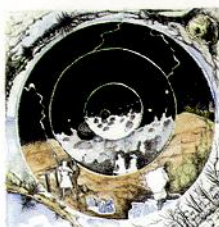
IMAGEN DE ACCESO



IMAGEN PREVIA



LA FORMA SIGUE A LA ENERGÍA



CONTEXTO

ÍNDICE

1. CONTEXTO	21
Presentación	23
2. LA FORMA SIGUE A LA ENERGÍA	35
Una corpografía del paisaje	37
3. IMAGEN PREVIA. Patrón diagramático o escalar	51
LUGAR	53
Concepto y objetivo	55
Del paisaje como objeto al paisaje escalar y complejo	60
CUERPO	65
Percepción y representación	67
Percepción y movimiento	73
PAISAJE	77
Experiencia, grado de orden y continuidad del paisaje en la frontera hispano-portuguesa	79
Tramas	82
Texturas	86
4. IMAGEN DE ACCESO. Patrón cultural	91
SIGNOS. Lenguaje hablado, patrimonio inmaterial	93
Biografía del paisaje	95
Las palabras y la cotidianeidad	98
REDES. Lenguaje espacial, patrimonio material	101
Red de caminos: comunicación	103
Red de límites: municipal, de contorno urbano y constructivo	109
PARÁMETROS	115
Estructura tradicional de la propiedad de la tierra	117

5. IMAGEN INTERNA. Patrón tridimensional o intuitivo	125
ANALOGÍAS FAMILIARES	127
Unidad de análisis constructiva: la casa	129
Unidad de análisis de contorno: el límite urbano	141
Unidad de análisis territorial: el límite municipal	155
Sistema radioconcéntrico de organización del terrazgo en la raya	155
MATRIZ DE DATOS	181
Código: imaginar y hacer	183
TRAZAS DE PAISAJES COTIDIANOS	191
Paisaje agrario, hechos de observación	193
Vinculación emocional con el entorno y su representación espacial	194
Material etnográfico	194
Glosario de términos y toponimia	217
6. TENTATIVA DE AGOTAR UN OBJETO	229
Cartografía para una comparación genérica entre lugares variables	231
7. PERSPECTIVAS	237
Preguntas necesarias para comprender, nombrando, la memoria del paisaje agrario cotidiano	239
EPÍLOGO	243
BIBLIOGRAFÍA	247



9 788449 113833



CENTRO DE PUBLICACIONES
Paseo de la Infanta Isabel, 1 - 28014 Madrid

